Las ataduras del MUNDO // Juan José Estévez

Cuando las palabras de Jesús son difíciles de aceptar

En el evangelio de Evangelio de Juan se relata un momento decisivo en el ministerio de Jesucristo. Después de escuchar sus enseñanzas, muchos de sus discípulos reaccionaron diciendo: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”. Las palabras de Jesús confrontaban el corazón humano y exigían una respuesta profunda. No eran simples enseñanzas religiosas, sino verdades que tocaban la raíz del ser humano.

Jesús sabía que algunos murmuraban y les explicó que “el Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”. Sus palabras eran espíritu y vida, pero aun así muchos no creyeron. El resultado fue que muchos discípulos volvieron atrás y dejaron de seguirle. No fue simplemente una diferencia doctrinal; fue una falta de convicción personal frente a la verdad que habían escuchado.

Este episodio revela una realidad espiritual profunda: el evangelio puede ser una roca firme para algunos, pero también una piedra de tropiezo para otros.

La incredulidad como causa de la apostasía

Cuando muchos discípulos abandonaron a Jesús, quedó al descubierto el problema central: la incredulidad. La incredulidad no siempre se manifiesta de forma abierta; a veces se esconde detrás de una apariencia de seguimiento o de religiosidad.

Seguir a Cristo no consiste solamente en asistir a reuniones o escuchar predicaciones. La verdadera fe nace cuando la vida de Dios comienza a obrar dentro del corazón y produce el deseo de caminar con Cristo cada día.

El evangelio puede parecer duro porque confronta la naturaleza humana. Denuncia el egoísmo, la autosuficiencia y el pecado. Sin embargo, esas mismas palabras que confrontan al pecador también traen restauración, perdón y una vida nueva.

Jesús, el verdadero pan de vida

Jesús se presentó a sí mismo como el pan que descendió del cielo. Esta imagen revela que el alma humana necesita un alimento espiritual que solo Cristo puede proporcionar.

Así como el cuerpo necesita alimento diario para vivir, el creyente necesita alimentarse de Cristo constantemente. Esto significa vivir en comunión con Él, recibir su palabra y permitir que su vida transforme el interior del corazón.

Cuando la vida espiritual no se alimenta de Cristo, surge la tentación de volver atrás. Por eso el evangelio invita a recibir a Cristo cada día como el verdadero alimento que sostiene la fe.

Dos menús espirituales

La enseñanza también presenta una comparación entre dos tipos de alimento espiritual. El primero es el maná que Dios dio al pueblo de Israel en el desierto. Aquel alimento fue una provisión temporal que sostuvo al pueblo durante su peregrinación.

El segundo menú es Cristo mismo. Él se ofrece como el pan de vida, un alimento eterno que da vida verdadera al alma. Mientras el maná sostenía el cuerpo por un tiempo, Cristo ofrece vida eterna a quienes creen en Él.

La diferencia es profunda: uno era una provisión temporal; el otro es la vida misma de Dios entregada al ser humano.

El peligro de mirar atrás

Uno de los grandes peligros en la vida espiritual es mirar atrás. En el desierto, el pueblo de Israel comenzó a recordar Egipto con nostalgia, olvidando que allí habían sido esclavos.

De manera similar, muchos creyentes pueden sentirse atraídos nuevamente por el mundo cuando enfrentan dificultades. Mirar atrás debilita la fe y abre la puerta a abandonar el camino espiritual.

La vida cristiana no se vive mirando el retrovisor, sino avanzando con los ojos puestos en Cristo, confiando en lo que Dios ha prometido.

El camino de la cruz

Seguir a Cristo implica aceptar el camino de la cruz. La cruz representa la muerte del ego, del orgullo y del viejo hombre que domina la naturaleza humana.

Solo cuando el “yo” muere, puede manifestarse la vida nueva que Cristo ofrece. Esta vida no es un simple cambio externo de conducta, sino una transformación profunda del corazón.

El evangelio no busca producir una apariencia religiosa, sino una vida nueva que nace de la unión con Cristo.

La vida de resurrección

La vida que Jesús ofrece es la vida de la resurrección. Antes de la resurrección hubo muerte, y de la misma manera la vida nueva surge cuando el poder del pecado es derrotado.

No se trata solo de mejorar hábitos o comportamientos. La vida

cristiana verdadera es una obra de Dios dentro del ser humano, donde Cristo vive en el creyente y produce una transformación real.

Por eso la fe cristiana no consiste simplemente en reflejar verdades espirituales, sino en vivirlas y experimentarlas personalmente.

La gracia que restaura

La historia bíblica muestra que incluso los discípulos más cercanos fallaron. Un ejemplo es Simón Pedro, quien negó a Jesús en un momento de debilidad.

Sin embargo, Pedro fue restaurado. La diferencia entre la caída y la destrucción espiritual está en la gracia de Dios. Cuando una persona recibe la palabra del Señor y responde con arrepentimiento, Dios puede levantarla nuevamente.

El evangelio no es un mensaje basado en méritos humanos, sino en la gracia que restaura al que vuelve a Dios.

La vida cristiana basada en la gracia

Uno de los errores espirituales más comunes es intentar vivir la fe basada en méritos. Algunas personas piensan que Dios les bendecirá únicamente por sus esfuerzos o por lo que logran hacer.

Sin embargo, la vida cristiana no se sostiene por méritos humanos, sino por la gracia de Dios. La gracia es el poder que permite vivir lo que Dios pide.

Cuando una persona intenta caminar solo por esfuerzo propio, termina agotada y frustrada. En cambio, cuando aprende a depender de la gracia, encuentra descanso y fortaleza en Dios.

Permanecer firmes en Cristo

El mundo constantemente intenta debilitar la fe del creyente. Las presiones, los deseos y las preocupaciones pueden hacer que el corazón se aleje poco a poco de Dios.

Por eso la Escritura llama a vivir de una manera digna del evangelio. Permanecer firmes en Cristo no es una imposición externa, sino una convicción que nace de haber conocido verdaderamente al Señor.

Quien ha descubierto que Cristo es el pan de vida y el agua viva entiende que no hay nada en el mundo que pueda sustituir esa relación.

La vida en Cristo es una vida de fe, de perseverancia y de dependencia de la gracia de Dios. En medio de las dificultades, el creyente aprende a avanzar mirando hacia adelante, confiando en que el Señor cumplirá su propósito y dará la victoria final.